

1980-2005, VEINTICINCO AÑOS SIN GIULIA Y CON GIULIA

Elena Grau Biosca

El sol ha pasado el mediodía. Lo que yo comprenda hasta que se haga de noche perecerá conmigo. ¿Perecerá? ¿Una vez que está en el mundo, sigue viviendo el pensamiento en otro?

Christa Wolf, *Cassandra*¹

He escrito y he dicho en otros lugares que la lectura de los últimos textos de Giulia Adinolfi que hoy se vuelven a publicar en *mientras tanto*, deshicieron en mí un nudo de la luz² porque hicieron visible que el hecho de ser mujer -mi ser mujer- no era irrelevante, que podía y quería darle un sentido. Sus textos, pues, me tocaron y, tomándole las palabras a María Zambrano, “viví de otro modo después de haberlo sabido”.³

Pero esta apertura en lo simbólico que operaron los textos de Giulia no llevó consigo una inmediata comprensión de lo que su pensamiento nos dejaba, sólo una intuición. Una intuición de lo que ante nosotras se abría como posibilidad. La paradoja durante muchos años ha sido tener la certeza de que la propuesta de Giulia era un camino fecundo y, sin embargo, no poder desplegar los hilos que ella dejaba planteados en sus últimos textos.

Mi sorpresa, después de veinticinco años, es darme cuenta de que mi recorrido de trabajo y pensamiento –un recorrido que no he hecho sola- ha seguido, sin saberlo, un trayecto que ella hizo posible. Y tal vez, como quien devuelve una deuda, puedo intentar poner en relación ese recorrido con aquellos textos, no buscando una conexión directa -de resultado- sino de contacto que ilumina la experiencia y el pensamiento.

Releyendo hoy, junto con las mujeres del grupo Giulia Adinolfi,⁴ los tres últimos textos de Giulia publicados en los primeros números de *mientras tanto*, nos damos cuenta de lo que en aquel momento ocurrió: mientras los dos primeros textos fueron significativos para nosotras, dieron sentido a zonas de nuestra experiencia; el tercero que presentaba una propuesta de estudio y reflexión sobre el trabajo doméstico, se mantuvo opaco.

¹ Christa Wolf, *Cassandra*, Madrid, Ediciones Alfaguara, 1986. Traducción de Miguel Sáenz.

² Ana Mañeru Méndez, “Poemas de la luz”, *Duoda* 18, 2000, p. 114-124.

³ María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza editorial, 1989, p. 36.

⁴ Los plurales utilizados en el texto se refieren a la experiencia compartida con las mujeres del Grupo Giulia Adinolfi –Isabel Ribera y Violeta Ibáñez- que han seguido de cerca su elaboración.

Las mujeres de mi generación vivimos nuestra juventud en el tramo final del patriarcado,⁵ momento que Giulia identificó como crisis de la cultura que el patriarcado había impuesto a las mujeres. Ella consideraba “bastante natural” en esta crisis algo que todas compartíamos en alguna medida porque nos parecía un camino a la libertad: “el rechazo de esta tradición, de esta cultura, y la reivindicación de una igualdad no sólo de derecho, sino incluso de identidad”⁶ con los hombres. Pero también hacía una advertencia que pudimos oír con claridad: “al rechazar su cultura tradicional, las mujeres no sólo se liberan de cadenas y tabúes, sino que en cierto modo corren el riesgo de tirar el agua sucia del baño con el niño dentro, según el dicho alemán.”⁷ La oímos porque percibíamos el peligro de cortar los hilos que nos unían a nuestras madres, a la genealogía femenina, cuya contradictoria herencia estuvimos a punto de rechazar de pleno. Intuíamos que ese rechazo era también una cancelación de nuestro ser mujeres.

La lectura de los textos de Giulia nos sustrajo a la polarización que alimentaban las aparentes disyuntivas del momento y con ello nos libró de la paralización que suponía quedar prisioneras de ellas: “la solución para las mujeres no consiste en rechazar global y particularmente el mundo de sus valores tradicionales, así como tampoco pueden asumirlo con un nuevo entusiasmo polémico: en el primer caso corren el riesgo de aceptar a cambio la tradición cultural de los que oprimen y explotan; en el segundo, el riesgo de no liberarse de la discriminación a la que aquella tradición servía y sirve.”⁸

Por encima de todo en las palabras de Giulia encontramos algo que ya sabíamos: que la disyuntiva era falsa porque el patriarcado no lo ocupaba todo hasta el punto que las mujeres sólo pudiésemos identificarnos con el opresor o con la oprimida. También era real la extrañeza que experimentábamos en tantas situaciones en las que nos faltaban las palabras para decir nuestra experiencia, que no era la de los hombres ni la que supuestamente se nos atribuía como mujeres. Y sabíamos que nuestra extrañeza tenía que ver con la complejidad de ese mundo femenino que Giulia se proponía hacer emerger: “Interesa analizar del mundo femenino no sólo las ideas y los mitos producidos por una cultura patriarcal; sólo una concepción muy reductiva y parcial puede reducir la compleja realidad social y cultural del mundo femenino a esos elementos, ignorando la profunda elaboración que las mujeres han hecho de ellos, como de todos los elementos de su experiencia, a lo largo de la historia.”⁹

⁵ Librería de Mujeres de Milán, *El final del patriarcado. Ha ocurrido y no por casualidad*, Barcelona, Llibrería Pròleg, 1996, traducción de María Milagros Rivera Garretas.

⁶ Giulia Adinolfi, “Sobre las contradicciones del feminismo.”

⁷ Giulia Adinolfi, “Sobre las contradicciones del feminismo.”

⁸ Giulia Adinolfi, “Sobre las contradicciones del feminismo.”

⁹ Giulia Adinolfi, “Sobre subculturas femeninas.”

Encontramos asimismo algo que estábamos buscando, la legitimidad de establecer una medida propia para estar en el mundo. Una medida que necesitábamos para decir nuestra diferencia. Giulia nos dio esa legitimidad: “Las mujeres tendrían que ser capaces de asumir crítica y libremente su propia tradición, de medirse con ella, de rechazar sus elementos negativos y de reivindicar, en cambio, aquellos otros que – cualquiera que haya sido su función- revelan hoy una potencialidad positiva.”¹⁰

Sin embargo, la propuesta que ella hacía de empezar la tarea por el estudio del trabajo doméstico, puesto que “la subcultura femenina lo tiene como fundamento” o que “uno de los elementos básicos de la subcultura femenina es el trabajo doméstico”,¹¹ quedó latente; fue una presencia en nuestro hacer aunque no supiéramos desplegar plenamente su significado.

Probablemente la opacidad de este esquema para nosotras se debía a lo que la misma Giulia observaba en un fragmento que no se llegó a publicar: “No siempre, sin embargo, queda claro si lo que se condena es la división del trabajo que asigna exclusivamente a las mujeres este tipo de trabajo, tal como está organizado hoy, o el trabajo doméstico mismo. Es frecuente que las dos condenas vayan juntas”.¹² Nuestra experiencia de “la vinculación de este trabajo, en la sociedad capitalista moderna, con el mundo de los afectos, por un lado, y, por otro, con el destino de la mujer”¹³, nos llevaba a rebelarnos y al hacerlo confundíamos las tareas y las prácticas referidas al espacio de convivencia con la subordinación y la invisibilidad de nuestras madres en el mundo patriarcal. Una confusión que Giulia detectó y sobre la que señalaba: “Lo malo no es el trabajo doméstico, sino su inclusión forzada en la división del trabajo.”¹⁴

Habíamos sido socializadas en un sistema de géneros que establecía la heterosexualidad obligatoria, la maternidad y la domesticidad como destinos de las mujeres y no nos conformábamos con la insignificancia del ser mujer porque percibíamos la falta de sentido propio de esta feminidad. Pero también lo fuimos en una forma de entender la emancipación de las mujeres como igualación a los hombres por medio de la neutralización de su diferencia, como aspiración a lo masculino convertido en neutro universal. Lo que intuimos, aún sin salir de la confusión antes mencionada, fue que la reflexión de Giulia, en cambio,

¹⁰ Giulia Adinolfi, “Sobre las contradicciones del feminismo.”

¹¹ Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

¹² Giulia Adinolfi, fragmento inédito perteneciente a una versión original del texto “Sobre subculturas femeninas.”

¹³ Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

¹⁴ Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

abría la posibilidad de dar un significado libre a la específica experiencia femenina. Nos daba, pues, un más de libertad.

Así iniciamos un recorrido que, en mi caso, ha ido estrechamente unido a mis opciones profesionales, al trabajo entre mujeres acerca de la inserción laboral y, sin duda, a la relación fecunda de circulación y creación de pensamiento con mujeres en diversos espacios.¹⁵

La tarea profesional ha sido para mí la oportunidad de intercambiar, en un espacio de relación entre mujeres, la experiencia y el deseo referidos al trabajo. Darles un sentido, junto con las mujeres en los cursos, era la única forma que concebía de que optáramos con libertad, ellas y también yo, frente al deseo de incorporación al mercado de trabajo. En el esquema de Giulia se lee, “Empezar el análisis de la relación mujer-trabajo en la sociedad capitalista avanzada”.¹⁶ Nuestro hacer se ha encaminado desde el inicio a significar el trabajo femenino en el presente. Hemos pensado, pues, todo el trabajo femenino: el remunerado y el no remunerado. Porque aunque el trabajo que se realiza en el ámbito doméstico es “no-mercantil”, “no se trata de un residuo: el trabajo doméstico es imprescindible para el sistema de trabajo industrial”. “El trabajo doméstico es imprescindible para la producción y reproducción de la fuerza de trabajo.”¹⁷

Tal vez en estos años lo que hemos podido ver con mayor claridad ha sido la operación de ocultación del trabajo de las mujeres y de las prácticas femeninas de “creación y recreación de la vida y la convivencia humanas”.¹⁸ Una operación que se ha ido desvelando a medida que las mujeres conferíamos valor a nuestro hacer. “El no haber reconocido el carácter imprescindible del trabajo doméstico ha sido la gran trampa con que se ha escamoteado a las mujeres el hecho de su trabajo, la trampa que ha hecho posibles frases como “la mujer no trabaja”. El hecho de que no fuera mercantil ha quitado al trabajo de la mujer la cualidad de trabajo.”¹⁹ La operación desvelada es la de dejar fuera de la categoría trabajo todo el trabajo no mercantil y, por tanto, convertir el empleo en la única forma de trabajo reconocida. Se ha igualado trabajo y empleo. Al hurtarle la cualidad de trabajo a la tarea femenina de cuidado en el espacio doméstico se ha llegado a creer que se podía prescindir de ella.²⁰

¹⁵ Desde 1995 colaboro en El Safareig, La Casa de les Dones, como docente y luego coordinadora de los cursos de Formación Profesional Ocupacional para Mujeres. Los espacios a los que me refiero son: el Grupo Giulia Adinolfi, el colectivo de la revista En Pie de Paz y la relación con algunas mujeres del grupo Dones i Treballs de Ca la Dona de Barcelona.

¹⁶ Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

¹⁷ Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

¹⁸ AA. AA., *De dos en dos. Las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humanas*, Cuadernos inacabados nº 38, Madrid, Horas y horas, 2000.

¹⁹ Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

²⁰ Cristina Carrasco es una de las autoras que más aportaciones ha hecho en este tema. Véase: C. Carrasco et alt. (comp.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Barcelona-Madrid, Icaria – FUHEM,

Sin embargo, el tiempo ha confirmado que la tarea de civilización²¹ que las mujeres desarrollamos en el espacio de convivencia, no es sustituible ni en la esfera del mercado, ni en la del estado. “Ha sido la euforia de la época de expansión del capitalismo avanzado lo que ha hecho creer que la liberación podía venir de la mecanización del trabajo doméstico y su socialización.”²², decía Giulia. Ahora podemos decir, además, que las mujeres nos resistimos a abandonar esta tarea porque sabemos que sostiene la vida social. Sabemos que este trabajo no sólo es imprescindible como actividad para sostener las sociedades humanas, se trata también de un trabajo con una riqueza específica que proviene del hacerse en relación con los seres queridos. Observaba Giulia: “...hay una diferencia afectiva en la relación de hombre y mujer con el objeto de trabajo” que procede de “la vinculación del trabajo doméstico al mundo de los afectos.”²³ Es un trabajo tal vez más genuino que el empleo puesto que se realiza en el espacio de convivencia, que es un espacio de gratuidad, en contacto con las necesidades que ponen de manifiesto la condición humana dependiente. Y, de acuerdo con Giulia, “...no se trata de hacer una apología del carácter no-mercantil del trabajo de la mujer, ignorando la función que ha tenido en su explotación. Pero sí de afirmar algunas cosas: la superioridad del trabajo no-mercantil sobre el mercantil.”²⁴

Al dar significado al trabajo femenino hemos vuelto a pensar todo el trabajo humano necesario en la cadena de sostenimiento de la vida en condiciones de humanidad. Lo hemos pensado como actividad que lleva a cabo el metabolismo necesario entre la especie humana y la naturaleza; como nexo de unión entre la humanidad y la naturaleza. Y en esa cadena de sostenimientos el trabajo femenino doméstico y de cuidado está en el comienzo, haciendo mediación entre cultura y naturaleza.²⁵

Esta experiencia femenina de trabajo, que abarca todo el trabajo humano, está hecha de prácticas, saber y valores encarnados que ponemos en el mundo compartido con los hombres, no para competir, sino para que nuestra parcialidad sexuada se imponga como

1994; C. Carrasco (ed.), *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Barcelona, Icaria, 1999; C. Carrasco (comp.), *Tiempos, trabajos y género*, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, 2001.

²¹ Librería de mujeres de Milán, *El final del patriarcado*, op. cit.

²² Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

²³ Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

²⁴ Giulia Adinolfi, “Esquema sobre el trabajo doméstico.”

²⁵ Sobre la idea de “cadena de sostenimientos” véase Enric Tello, *La historia cuenta*, Barcelona, El Viejo Topo, en prensa. Sobre la resignificación del trabajo véase Anna Bosch, Cristina Carrasco, Elena Grau, “Verde que te quiero violeta. Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo”, epílogo a E. Tello, *La historia cuenta*, op. cit; en particular el apartado “Recuperando el ‘trabajo’ desde la experiencia de las mujeres.”

manifestación de la dualidad humana de los sexos. Algo que Giulia proponía hace veinticinco años como una de las condiciones para la liberación de mujeres y hombres: "... que la mujer reconozca, e imponga a los hombres, el respeto de los valores hoy universalizables que ella ha creado en su larga historia de esclavitud y que arraigan en su especificidad biológica, en su mayor intimidad con la vida y la naturaleza."²⁶

La libertad que aprendimos de Giulia fue la de dar un sentido propio al hecho de ser diferentes a los hombres, es decir de vivir encarnadas en un cuerpo femenino. Esta misma libertad nos llevó a buscar en las prácticas de las mujeres la fuente de saber y de sentido para esa medida femenina que queríamos poner en el mundo. De modo que estos años, sin Giulia y con Giulia, hemos recorrido el camino de la experiencia que ha hecho plenamente significativas para nosotras las reflexiones de Giulia en su esquema sobre el trabajo doméstico. Un camino de reconocimiento de la práctica de la relación y la cultura de las mujeres que parte de nuestra experiencia y nuestra necesidad de decirnos.²⁷ Este camino ha tenido como testigos constantes las palabras que Giulia escribió hace veinticinco años.

Barcelona, enero de 2005

²⁶ Giulia Adinolfi, "Sobre las contradicciones del feminismo."

²⁷ Isabel Ribera, Violeta Ibáñez y Elena Grau, "Hacer la paz: política y relaciones civilizadoras", ponencia presentada en el Seminario Pignatelli de Investigación para la Paz, el 12 de noviembre de 2004.